



SUMARIO

I. Las Cuatro Estaciones. — II. El abuelo. — III. El Congreso pedagógico: Conferencia del Sr. Castelar. — IV. La pulga y el microscopio. — V. D. Miguel de Cervantes Saavedra. — VI. La festividad del Corpus. — VII. La casa sin cimientos. — VIII. El avaro. — IX. La caridad. — X. Los pecados capitales. — XI. Balada.

LAS CUATRO ESTACIONES

No creáis, amigos lectores, que voy á hablaros de las cuatro estaciones del año, ni de las cuatro primeras del *Via Crucis*, ni de las cuatro estaciones de ferrocarril ó de los tranvías que hay en esta ilustre villa del oso y del madroño, no. Me propongo discurrir únicamente sobre la fuente de las Cuatro Estaciones que existe en el salón del Prado, pero con su cuenta y razón; es á saber: no para haceros la descripción y la historia de aquella, sino para reflejar el movimiento, el carácter y las tendencias que ofrece tan predilecto sitio, al cual tenéis designado como centro preferente para vuestros juegos en las horas que á la distracción consagráis.

Allí, alrededor de dicha fuente, discurrís

alegres, os divertís á vuestras anchas, saltáis á vuestro antojo, corréis cuanto os place, voceáis en toda la extensión que os permiten los pulmones, reñís á veces, y á veces lloráis.

En lugar tan ameno, uno repasa la lección, otro destroza los libros, éste fuma á hurtadillas, aquél pasea grave echándola de hombre formal, no faltando quien alardée de ser todo un Don Juan Tenorio rebajado, ó sea de los de á real y medio la pieza.

Y para que esa parte del salón del Prado ofrezca más armonía y encantos, la prestan las niñas su valioso concurso, acudiendo no menos gozosas á la fuente de las Cuatro Estaciones, para la que se dan cita con sus amigas y compañeras al despedirse en el colegio, en casa ó en la visita.

Unas van allí escondiendo tras el velo de la más cándida inocencia alguna intención de otro linaje que el del juego infantil, ó sea para tender las redes de la coquetería; otras desean lucir el traje adornado, el sombrero elegante, las botinas nuevas, el cabello trenzado, el rostro encantador ó el pié diminuto; quién para hartarse en eso de saltar y brincar, co-

rrer y reir, que en su casa la impiden; ésta para relatar lo que ha almorzado y lo que va á comer, relamiéndose los dedos de gusto; aquella para referir el argumento de la obra que vió en el teatro, ó de la novela que lee á ratos perdidos, y que procura sean los más... y así sucesivamente.

Y en este misterioso conjunto de encontrados pensamientos, de distintos propósitos, de varias inclinaciones, de afectos múltiples, de opuestas miras, se manifiestan las niñas y los niños como son y como quieren ser, sirviéndoles de pantalla al desarrollo de sus planes esa cohorte de niñeras y amas de cría, las cuales, teniendo á su vez de pantalla á aquéllos, se las entienden con sus novios respectivos, en cuyas clasificaciones resultan representadas todas las armas é institutos del ejército, y todas las clases de la sociedad.

Allí la vigilancia, el celo y el interés no pasan de la categoría de pretexto, porque cada cual arrima el ascua á su sardina, y procura dar rienda suelta al egoísmo, utilizando el tiempo y la ocasión en provecho propio.

Las mamás, confiadas, pasean ó descansan;

los niños y las niñas no hacen caso de las niñas á cuyo cargo están, y éstas tampoco se cuidan de aquéllos y... ¡váyase lo uno por lo otro!

¡Ay! Que esto no fuera ni tan peligroso ni tan grave si una consideración de alcances mayores no me indujese á llamar sobre ella la atención de los padres de familia. Allí, en tan ameno sitio, bajo la sombra protectora de aquellos copudos árboles; allí, ante el murmullo ligero de la severa fuente; allí, en medio de aquella Babilonia infantil; allí, á la luz de un farol, en la piedra de los asientos, ó alrededor de los puestos de agua, allí nacen pasiones, se desarrollan sentimientos, se dicen frases, se buscan encuentros, se provocan miradas, se hacen señas, se cosechan galanterías, circula algún billete amatorio, asoma las orejas la coquetería, se insinúa el orgullo, realiza sus primeros ensayos la vanidad, se codean damas y galanes, todo con el aparato que su argumento requiere, mientras las mamás y los papás bondadosos, olvidadizos y confiados, descuidan indiferentes lo que allí sorprende cualquiera otro que no sea ellos.

No son los primeros, ni serán los últimos ciertamente, de los diálogos que al lado de la fuente de las Cuatro Estaciones se escuchan con frecuencia, los que, palabra más ó menos, reproducimos aquí, y acerca de los cuales llamamos la atención de padres y profesores.

Diálogo número 1:

— ¡Qué hermosa es usted, Conchita!

— Es favor que usted me hace.

— ¿A qué hora se va usted á marchar?

— Dentro de un rato.

— ¿Nos veremos antes?

— Sí, al otro lado, detrás del puesto número 19, para que no se fijen mamá ó la muchacha.

Diálogo número 2:

— ¡Hola, Luísa!

— ¿Cómo estás, Rosa?

— Muy contenta, mujer.

— ¡Cuenta... chica... cuenta!

— Tu hermano Alberto me hace el oso desde ayer, y esta mañana me ha mandado á decir con la criada que esta noche vaya contigo, pues quiere entregarme una carta. ¡Es tan guapo! ¡Y cómo se parece á tí!

Diálogo número 3:

— Creí que no venía usted, Clara.

— Había visita en casa cuando vine del colegio, y hemos comido tarde; yo me estaba friendo la sangre porque suponía que esperaba usted.

— La adoro tanto, que...

— ¿Cómo ha salido usted de los exámenes?

— Bien.

— Pues que sea en hora buena. Hasta luego,

voy á saltar á la comba para disimular, que el novio de mi criada me está mirando el gran indino sin quitarme ojo.

Diálogo número 4:

— Hola, Ricarda.

— Buenas, Faustina.

— ¿Has visto á tu hombre?

— ¡Jesús, y qué demonio de chico; si pesa más que un mal matrimonio!

— Pues á mí esta fea del diablo me ha dado una tarde que... ¡ya, ya!

— Para que luego la paguen á una con cuatro cuartos, y eso si se los pagan á una; así es que está una más aburrída...

— Yo creí que no acababa de fregar hoy.

— Mi señorita es tan melindrosa para comer, que todo el día me tiene haciendo guisotes. ¡Qué lástima de hambre de quince días para las tías éstas!

— Anoche en casa nos acostamos á las tres: el señor vino á las dos, y la señora á las dos y media. No sé qué *trapicheos* traen entre manos.

— Todo el día de Dios me lo llevo, chica, abriendo y cerrando la puerta. El aguador, la lavandera, la modista, el carbonero, el del vino, el administrador de la casa, el sastre, el tendero, el zapatero... todos á cobrar; pero no hay de qué. En cambio no les falta á ellos para teatros y el café, mientras que á nosotras nos dan un panecillo diario para el cochero, la doncella, el lacayo y yo.

Diálogo número 5:

— ¡Valiente chica se está poniendo Julia!

— A mí me gusta más Carmen.

— Mi tipo es el de Hortensia.

— No me llenan las chicas gordas.

— Me revienta Matilde por lo presumida.

— Yo hago el oso á la de Martínez.

— La de Fuentes me ha contestado que ya está comprometida con Enrique.

— Pues yo esta noche me declaro á Esperanza.

— ¿Quién me da un pitillo, caballeros?

Renuncio á transcribir otros diálogos no menos edificantes, así como á trasladar esa serie de frases sueltas que se cruzan al pasar los niños al lado de las niñas, ó viceversa, mientras los papás confían y las madres descansan, y las niñas se entretienen por cuenta propia.

Así que no es de extrañar que la fuente de las Cuatro Estaciones del salón del Prado sea el centro predilecto al que concurre entusiasmada la infancia y la juventud doméstica, en esta época del año más especialmente.

Cuando se considera que así echan los ciimientos sobre que han de levantar el edificio de su porvenir niños que han de llegar á ser hombres, quién sabe si catedráticos ó generales, jueces ó gobernadores, etc., etc., y niñas

que han de ser mujeres, y llamarse después la condesa A., la generala H., la señora de T., la ministra O., la artista M., etc., etc., no podemos menos de lamentarnos de que no sean tan sólidos ni tan anchos como exigen y demandan la cultura y la seriedad de los tiempos que alcanzamos.

Quizá, y sin quizá, las pasiones y los afectos que alrededor de la fuente de las Cuatro Estaciones del salón del Prado se inician y toman cuerpo, no se extingan tan pronto como fuera de desear, y sean, el tiempo andando, causa de no pocos disgustos.

De ahí mi voz de alerta á los padres de familia y directores de los colegios, por más que supongo que será tan oída como si la hubiese dado en el desierto; pero así estimo cumplir con un deber, que es lo que importa.

Que cumpla igualmente cada cual con el suyo.

JOSÉ NOVI Y PEREDA.

EL ABUELO

Míradle cómo sonríe:

Su corazón late en calma,
Y en sus ojos pinta el alma
Su dulce serenidad.
Lindos renuevos del tronco
Anciano, á que están sujetos,
Cércale todos los nietos,
Y reverdece su edad.

*Y hasta que asoma
Su último sol por los cielos,
Proteje al débil,
Cual protege una paloma
Con las alas sus pollucos.*

Uno, al anciano acaricia;
Otro, arranca una flor bella,
Al par dándole con ella,
En un beso, el corazón.
Este, en sus rodillas trémulas
Cabalga más bullicioso:
Aquél, se acoge lloroso
Al consuelo de su amor.

Y hasta que asoma, etc.

Su espaciosa frente brilla
Por los años agobiada,
Como una cumbre nevada
Del alba á la tibia luz.
Todos le aman y respetan;
Y en sabrosas narraciones,
Les dicta sanas lecciones
Para formar su virtud.

Y hasta que asoma, etc.

Débil ser, al débil se une;
Y ¡ay del cobarde tirano
Que pone la airada mano
En algún rostro infantil!
Centelléanle los ojos,
Y arde en ira al vil ultraje
Como una fiera salvaje
Cuando la acaban de herir.

Y hasta que asoma, etc.

Oye la voz de la muerte,
Mas tan dulce, que le embriaga,
Como una música vaga
De noche oída en el mar.
¡Feliz él, que, al despedirse
De la cárcel de la tierra,
Ve que sus párpados cierra
La santa piedad filial!

*Y cuando asoma
Su último sol por los cielos,
Le llora el débil
Como á la herida paloma
Sus inocentes pollucos.*

VENTURA RUIZ AGUILERA.

EL CONGRESO PEDAGÓGICO

CONFERENCIA DEL SR. CASTELAR



SEGÚN estaba anunciado, en la tarde del lunes 5 del corriente dió su conferencia en el Congreso pedagógico el eminente orador Sr. Castelar.

Noticia semejante llevó al paraninfo de la Universidad Central extraordinaria y distinguida concurrencia de profesoras y profesores de instrucción pública, y numeroso auditorio ajeno al magisterio, compuesto de literatos y hombres distinguidos en las ciencias y en las artes, ganosos de escuchar la mágica frase del ilustre tribuno.

En la imposibilidad de transcribir íntegra peroración tan sobresaliente, en la que invirtió el orador dos horas, nos haremos cargo sólo de algunos de sus más brillantes párrafos, y que se relacionan de manera más ajustada á la índole y carácter de nuestra publicación.

Hablando de la naturaleza del hombre, decía el Sr. Castelar lo siguiente:

«El hombre, señores, compendio, resumen de la creación entera; un mineral por sus huesos, donde se depositan las cales del camino y hasta por su sangre, donde circulan los hierros de las minas; un vegetal por las absorciones continuas de gases, por la nutrición aérea, por la necesidad que tiene del aliento de las plantas, y por la necesidad que tienen las plantas de su aliento; un animal, porque su organismo guarda conexiones múltiples con los organismos inferiores, y sus pulmones verifican la combustión como los pulmones del caballo, y su corazón es una bomba impelente y expelente como el corazón de su perro; el hombre, máquina eléctrica, por cuyos nervios culebrea el rayo, y retorta química que recoge los átomos, y los transforma, y los ennoblece hasta convertirlos en el fósforo cerebral, donde brota la luz del pensamiento; por esta cualidad cuasi divina, por esta cualidad espiritual de pensar, es el intérprete de los jeroglíficos que forman las estrellas en sus órbitas, y el músico de las melodías que componen las esferas en los espacios, y el poeta de las ideas que animan á las cosas en su interioridad, y el sacerdote de las plegarias que producen así las flores con el incienso de sus aromas como las aves con el *Te Deum* de sus apergios (*Aplausos*), y el oráculo de todo cuanto hay cognoscible; por tal manera, que podrá secarse cual árbol sin savia el Universo, y nuestra alma, como los ángeles enviados á difundir la luz increada en la creación, ó como los arquetipos flotantes en el océano de lo infinito, quedará perdurablemente entregada á la contemplación de la verdad absoluta y al sentimiento del amor supremo en los inmensos senos del Eterno.» (*Ruidosos aplausos, prolongadas aclamaciones.*)

Refiriéndose al niño, se expresó el Sr. Castelar en los siguientes términos:

«Pero este ser (el hombre), que llegará en la plenitud de su vida y en la madurez de sus ideas á tanto, ha de pasar por la infancia, y ha de llamarse allá en los comienzos de su primera edad ¡ay! niño. ¿Y conocéis algo más débil, más desvalido, más desgraciado que un niño? Acercáos ahora, en la estación de los amores, á la oruga que se aviva, y notaréis cuán pronto los iris disueltos en la paleta de Abril y Mayo han pintado sus alas, y qué festines les ofrecen las florestas con sus mieles; enteráos en cualquier arbusto de los nidos, y veréis que están abrigados con las motas de lana dejadas por el cordero en los abrojos; preguntadles á los pajarillos, y os dirán que, apenas roto el huevo, se han cubierto de aterciopelada

pelusilla, y han recibido del pico de sus padres, los cuales ni siembran ni cosechan, todas las semillas que llenan sus hinchados buches; la vestida y lustrosa ternera, muge de regocijo en cuanto respira, y el potranquillo, apenas toca el suelo, retoza y salta de alegría, satisfecho del hermoso lote de la vida; pero el niño, con menos instinto porque ha de tener más inteligencia, y con menos naturaleza porque ha de tener más alma, llora en cuanto recibe del hado el don de la vida y el contacto de la atmósfera; y sin vestiduras, sin palabra, sin locomoción, prolonga, colgado de los pechos que lo nutren por mucho tiempo, la vida del feto, como en la noche del claustro materno, perseguido á la continua por los elementos, acechado por las enfermedades, puesto por la muerte fiera en tantos y tales trances que una gran parte de los de su condición se malogran bien pronto, como caen las flores del almenadro, por madrugadoras y arriesgadas en los días de Marzo, á los últimos helados soplos del cierzo. (*Ruidosos y prolongados aplausos.*)

«Después, la previsión es el carácter de su vida en el primer crecimiento. No sabe, no, el infeliz que la espina pincha, que la alimaña muerde, que traga el abismo, que abrasa el fuego, que por todas partes le siguen el mal y el dolor, como la sombra sigue á su cuerpo; y en el trabajo enorme de su crecimiento, en la movilidad infatigable de sus primeros pasos, en la ignorancia edénica de todo cuanto le rodea, ni mide las distancias, ni aprecia el valor de los objetos, ni distingue lo dañoso de lo útil, y necesita en su cuna un ángel de la guarda que lo cobije con sus alas y que lo preserve de tanta furias coronadas de serpientes como lo siguen y lo llaman con sus voces agrias y estridentes, pero imperiosas, al seno de la muerte; que ni la luciérnaga en el arroyo, ni el aereolito en la noche, ni el ensueño en el sueño, ni la ilusión en la fantasía, ni la niebla en la mañana, ni el crepúsculo en la tarde, resultan ¡ay! tan fugaces como la humana criatura en su triste y deneztable infancia.» (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

Seguidamente hizo el eminente tribuno una serie de largas consideraciones sobre el ministerio de la madre, al término de las cuales añadió estas palabras:

«Cuentan los naturalistas que la hembra del precioso insecto conocido con el nombre de cochinilla, cuya existencia se reduce á lo necesario para chupar el jugo de la pala ó cactus donde vive y muere, da toda su interior sustancia, al entrar en la madurez de su edad, á los gérmenes que han de conservar su especie; y cuando ya no tiene que darles, porque ha encontrado la muerte de puro comunicar la vida, los protege, y los ampara, y los abriga con el tegumento de su helado cadáver. Así es la madre: da la primera vida con su sangre al feto; da el primer alimento con su leche al niño; da su corazón en sus besos; da su alma entera con su educación; nos sigue como el ángel de nuestra guarda en vida; y después de muerta pliega sus manos é hinca sus rodillas, y está en la bienaventuranza de perpetua y mística oración por la salud y la felicidad de sus hijos. (*Ruidosos y repetidos aplausos.*)

«El pintor Rafael me encanta porque es el pintor de la madre, como Murillo es el pintor de la Virgen. Todo en éste es etéreo; mas la mirada de la Concepción que sube al cielo y esquiva la tierra, no me ha penetrado nunca del sentimiento que me inspirara en Florencia la Madonna de la Silla, enseñándome con sus tranquilos y profundos ojos, cuya luz me mira, la robustez y la hermosura del niño que lleva en sus brazos y que aprieta contra su pecho.» (*Frenéticos aplausos.*)

Describe las virtudes de la mujer para la educación de los niños, y la parte que cada uno

de los cónyuges lleva de suyo al ánimo de los hijos; y parándose á considerar la orfandad, dijo con no menos elevado tono lo que á continuación copiamos:

«Pero ¡ah! la fatalidad, que pesa con inmensa pesadumbre sobre todos, y que vive produciendo y devorando seres, muchas veces priva por nuestro mal á los niños de su madre. ¡Cuán horrible, señores, cuánto esta orfandad! Figuráos una flor sin tallo, un tallo sin raíz, una raíz sin jugo, un nido sin alas que lo abriguen, un astro sin luz que lo alumbre ó lo vivifique, y tendréis idea de un niño sin madre. Sus gracias, ¡qué impertinentes á los ajenos! Sus lloros, ¡qué desagradables! Sus juegos ¡qué ruidosos! Sus enfermedades, ¡qué penosas! En vez del cuidado el descuido, y en vez del amor la indiferencia. Nada parte tanto el corazón como esta desgracia en la edad de la inocencia y de la ventura. El mártir divino que aceptó á una todos los dolores humanos, la sed y el hambre, la ingratitud de Pedro y la traición de Judas, las blasfemias del sacerdocio y los sarcasmos del populacho, las sentencias de los jueces venales y las voluntariedades de los Césares tiránicos, el acerbo caliz que le traían los ángeles del cielo, su larga calle de amargura, su corona de espinas, su agonía, en que hasta las piedras se partieron de dolor, no quiso aceptar la orfandad; y cuando los soldados le insultaban, y los judíos movían la cabeza, y el sol se ocultaba, y se estremecía la tierra, ¡oh! reservóse un supremo y necesario consuelo: el ver, á través de la oscuridad de sus ojos casi extintos, la bendita sombra de la Virgen Madre al pié del árbol de redención, al pié de la cruz.» (*Ruidosas aclamaciones y prolongados aplausos.*)

He aquí ahora la descripción que de los maestros hizo:

«Señores: Hay un momento en el cual no basta la educación doméstica, y en este momento la madre confía el hijo de sus entrañas al maestro. Así como aquélla se levanta en los pórticos de la vida, se levanta éste en los pórticos de la sociedad.

«Entramos en el mundo natural por la alba de nuestra madre y entramos en el mundo social por la escuela de nuestro maestro. Dificil ministerio sustituir á la madre; fortalecer el cuerpo de la criatura que pasa de niño á adulto; estudiar la complexión natural para favorecerla ó para contrariarla, según sus ventajas ó desventajas; seguir las inclinaciones morales, las inclinaciones intelectuales, sorprendiendo en la indecisión de los tiernos años el grito de las definitivas y perseverantes vocaciones; dirigir y encaminar los primeros pasos del niño hacia la familia futura que ha de fundar, hacia la patria que ha de servir, hacia la humanidad en la cual ha de componer un miembro útil y no dañoso y podrido; mostrarle, sin pedirle trabajo superior á sus fuerzas, el universo á que su físico está sujeto y la moral á que está sujeta su alma, el arte necesario á la dilatación de sus facultades y al recreo de su espíritu, el estado á que ha de pertenecer como ciudadano, la ciencia en sus albores que ha de iluminarle toda la vida, y la religión que ha de sentarse sobre la losa de su sepulcro y recoger su esencia como una estrella, para engazarla, si ha sido digna de Dios, en el azul de lo infinito.

«Al niño tendréis que darle impresiones explicadas y no sistemas científicos. Al niño tenéis que hablarle por necesidad en la lengua del sentimiento, que es toda su inteligencia, en la lengua de la música y la poesía. Para el niño tenéis que hablar con parábolas y con ejemplos. Siempre recordaré la mañana que subí al Righi en Suiza. El lago de los cuatro cantones

que se extendía á nuestros piés, y diecisiete lagos más que aquél, se veían entre las nieves y los prados como grandes turquesas entre diamantes y esmeraldas; los niños de las escuelas helvéticas y germánicas se apiñaban en las cimas como bandadas de pájaros peregrinos y viajeros que hubieran venido de lejanas tierras; y después de haberles enseñado sus maestros aquellos terrenos como pudiera enseñarles un mapa en relieve, entonaron un coro dulcísimo á voces solas, que convirtió los altos picos adonde ascienden las águilas y de donde bajan los cristalinos aludes en santos y verdaderos templos. (*Frenéticos aplausos.*) Luego, á la hora de comer, el maestro cogió, por ejemplo, la tapa de la sopera llena de gotas, y decirles que así como allí el humo se ha cuajado en agua por la diferencia de temperatura, los vapores levantados de la tierra, enardecida por los rayos del sol, se cuajan en nubes que nos envían la lluvia allá en los fríos desiertos de la atmósfera. (*Ruidosos aplausos.*)

«Mirado bajo el punto de vista histórico y en su naturaleza humana, Cristo no trae al combate por la renovación religiosa y al apostolado de la buena nueva la ironía un tanto acre con que Sócrates parangonaba el mundo de su conciencia interior y el mundo de la impura realidad; ni el misterio casi teocrático en que se ocultaban para hablar de su dios Pitágoras ó Platón; ni el aparato teúrgico de Moisés en las zarzas del Oreb ó en las cimas del Sinaí; ni el exagerado proceder de un San Juan Bautista, vestido de pieles y alimentado de hierbas; ni las señales de esas guerras íntimas, terribles, donde el corazón se parte en pedazos y la idea se condensa en tormentas, señales que surcan las frentes de un Isaías ó de un Jeremías, y que las inclinan al peso del pensamiento como los cedros del Líbano tronchados por las ráfagas del huracán ó heridos por las chispas del rayo, no; sencillo, tierno, dulce, lleva en sí la verdad como el aroma la flor y como el panal la miel, y la exhala sin cuidado, cual si fuera una emanación de su alma divina; y así, por esta virtud, mueve su palabra las almas, como esas brisas bonancibles que hinchán las velas sin exceso, y agitan y rizan los mares sin estrépito.» (*Ruidosos y prolongados aplausos.*)

Las dimensiones y carácter especial de nuestra Revista, no nos consienten ser más extensos en la reproducción de otros períodos no menos notables de orador tan ilustre.

Por eso hacemos punto y aparte al llegar aquí.

LA PULGA Y EL MICROSCOPIO

FÁBULA

Siempre una Pulga veía
Su cuerpo en el microscopio,
Satisfecho su amor propio,
Porque grande parecía.
— ¡Vana!.. dijo aquél un día:
Quien quiera verse cual es,
Que no se mire á través
De mis cristales de aumento.
*Humana pasión, el cuento
Aplicalo á tu interés.*

ALFONSO ENRIQUE OLLERO.

GRABADO

D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.



UNA de las lumbreras más grandes de su siglo, y una de las glorias más legítimas de la española nación, ha sido el inmortal autor del *Don Quijote de la Mancha*.

La larga serie de contrariedades, aventuras y peripecias que rodearon siempre la existencia de Cervantes, en confuso tropel y en lucha porfiada, han contribuido no en poco á elevar su nombre á una de esas alturas á que tan escasos llegan.

Ya se le considere como escritor castizo y discreto, intencionado y zumbón; ya le estudiemos bajo el punto de vista del soldado generoso y valiente que no opone reparo en ofrecer su vida y su sangre en defensa del estandarte patrio, ya, en fin, le describamos como servidor del Estado, si de condición humilde, de criterio recto y ajustado á la ley, siempre veremos en nuestro personaje un ser extraordinario.

La serie de injusticias contra su nombre y su persona que se desataron con la furia de un vendaval, hasta el extremo de verse encarcelado y perseguido con avara insistencia, fué sufrida por Cervantes con calma y resignación verdaderamente propias de los mártires del Cristianismo.

Su modesta posición fué tan escasa y mísera en ocasiones, que hasta llegó á faltarle que comer, y aun se añade que

*el mundo entero no vió
que Cervantes no cenó
cuando concluyó el Quijote,*

como dijo Narciso Serra en *El Loco de la Guardilla*.

El hombre de inteligencia tan privilegiada que concibió, escribió y desarrolló un pensamiento tan elevado como el que informa al *Ingenioso Hidalgo*, y acometió con decisión y bravura empresa tan difícil como era la de criticar y ridiculizar las grotescas costumbres de la época en que vivía, y con arte y maña tan superiores, tuvo hambre...

¡Donosa recompensa!

Pluma tan bien cortada que reflejó ideas tan magníficas, temblando á la vez que por el exceso vigor de los conceptos que trasladaba, por la continua oscilación propia de la debilidad hija del alimento escaso...

¡Qué inmensa ingratitud!

El soldado valiente que pierde un brazo en la célebre batalla de Lepanto, contribuyendo con sus fuerzas á sacar incólume el santo y querido nombre de la Patria, olvidado y mísero, discurriendo por localidades diferentes en busca de un humilde destino con que poder cubrir, aunque no con holgura, las atenciones de la vida...

¡Qué inconcebible injusticia!

No entraremos á examinar ahora el número de las otras obras que el ingenio esclarecido de Miguel de Cervantes produjo, que son nuevos florones para su corona inmarcesible, pues todas son ya del público conocidas y apreciadas.

Tan populares como *El Ingenioso Hidalgo*, han alcanzado el éxito de varias ediciones y haberse traducido á cuantos idiomas se conocen en el mundo, siendo aquella obra sin duda la que más ha merecido estos honores, hasta el extremo de que no pasa año sin que las prensas de los diferentes países arrojen nuevos ejemplares de este literario portento.

La desgracia que acompañó al ilustre cautivo de Argel, no fué motivo ni causa suficiente á arredrar su ánimo valeroso y avezado á sufrir, y á cada nuevo accidente, su alma y su corazón se tornaban más enérgicos y dispuestos á la lucha.

No contribuyó poco á su desventura la obra inmortal que le dió nombre y fama imperecederas, pues la crítica de las costumbres resultó tan acertada como trasparente, y de ahí el encono con que se le perseguía, y de ahí también que aquella viese la luz pública en puntos y fechas variadas.

Tampoco estas coincidencias que ponían á tributo su ingenio y dotes intelectuales, dejaron marcada huella en la hilación y desarrollo conveniente del pensamiento esencial: antes al contrario, no parecía sino que á sus efectos cobraban más alientos su imaginación y su fantasía, y de cada vez eran los tiros más certeros, la censura más intencionada, el ataque más fino, la inventiva más ingeniosa y la novela más interesante.

Si Cervantes volviera al mundo y viese la justicia que los tiempos han hecho á su *Don Quijote* y lo que le ha perjudicado la pretensión ridícula de algunos editores de suprimir la parte de su natural sabor á trozos reñidos con nuestra habla moderna, según se disculpaban, de cierto que su espíritu se tornaba á la tumba á continuar descansando.

No, nunca, imposible.

El Ingenioso Hidalgo debe leerse en la misma habla, con la propia fraseología que su autor le escribió.

¡Medrado de aquel que precisara le tradujesen al gusto moderno que usan algunos cultivadores de la literatura contemporánea, las brillantes páginas del libro inmortal, para mejor entenderlas y apreciarlas!

¡Como si la brillante prosa del manco de Lepanto precisara correctores!

Cada vez que á nuestras manos llega un ejemplar de *El Quijote*, de esos en que se ha alterado en la forma la relación primitiva, el alma se llena de angustia y el corazón de pena al advertir tan horribles profanaciones.

Al rendir hoy LA ILUSTRACIÓN DE LOS NIÑOS esta, si débil, entusiasta prueba de su respeto profundo á la buena é ilustre memoria del autor de *Rinconete y Cortadillo*, nos congratulamos, como españoles, de que el ilustre D. Miguel de Cervantes fuera hijo de España.

Duerma en paz el sueño de la vida eterna, y sean bien pasadas sus constantes desdichas con la alta consideración y cariñoso recuerdo que le guardan las modernas generaciones.

GREGORIO BARRAGAN.



LA FESTIVIDAD DEL CORPUS

DESDE la publicación de nuestro último número hasta la del presente, ha celebrado la Iglesia cristiana una de sus fiestas más universales y solemnes: la de la festividad del Santísimo Corpus Christi. Dada su importancia, vamos á referiros algunos datos históricos referentes á la misma, en la esperanza de que habréis de agradecerémoslo. Helos aquí:

Se celebró por primera vez dicha festividad en Lieja, de los Estados de Flandes, en el año 1246.

Existía en aquella ciudad una religiosa hospitalaria, llamada la Beata Juliana, la cual, como dice Amat y otros historiadores eclesiásticos, tuvo varias revelaciones de que cada año debía celebrarse una fiesta especial para ensalzar la institución del Santísimo Sacramento, aunque todos los días se haga la conmemoración de ella en la misa.

Sin embargo, esta piadosa mujer no se atrevió á hablar de aquella revelación, y por más de veinte años la calló, hasta que al fin creyóse obligada á comunicarlo á algunos varones de singular virtud y sabiduría, todos los cuales fueron de dictamen que verdaderamente debía celebrarse de una manera especial y solemne la institución de la Sagrada Eucaristía.

Consecuente á esto, Roberto, obispo que era entonces de aquella ciudad, mandó celebrar en aquel mismo año de 1246 una solemne fiesta el jueves después de la octava de Pentecostés en obsequio del Santísimo Sacramento, solemnidad que luego fué propagándose por otros pueblos.

A pesar de lo expuesto, se cree que ya antes de esta época celebraban algunas iglesias una fiesta especial para solemnizar la institución de la Eucaristía. Por lo menos en la ciudad de Angers, en Francia, se celebró, como dice Bergier, desde el año 1040 para desagrar á Jesucristo de los errores de Berengario, arcediano de su catedral y precursor de los herejes sacramentarios.

Más adelante, habiendo ascendido al solio pontificio en 1261 el cardenal Jacobo Pantaléon, que había sido arcediano de la referida iglesia de Lieja, y que tomó el nombre de Urbano IV, publicó en 1262 la bula de la institución de la fiesta del Santísimo ó de *Corpus Christi*, que principia: *Transiturus de hoc mundo*, etc., pero sin hablar de ayuno en su vigilia, ni de procesión.

El mismo Papa encargó á Santo Tomás de Aquino que compusiese el sublime rezo de que se sirve la Iglesia durante su festividad.

Después, en el Concilio general tenido en Viena el año 1311, durante el pontificado de Clemente V, al que asistieron los reyes de Aragón, de Francia y de Inglaterra, se confirmaron las bulas de Urbano IV, y se mandó la celebración de esta fiesta por toda la Iglesia.

Cinco años más adelante, el Papa Juan XXII añadió á la solemnidad del *Corpus* una octava, y mandó que se llevara con toda pompa y en pública procesión al *Señor Sacramentado*, cuya ceremonia religiosa aumentó de esplendor y magnificencia por parte de los católicos,

con motivo de los errores de los calvinistas.

El lujo que se despliega en algunas partes en la procesión de este día, es grandísimo.

En España, donde esta solemnidad se celebra con más pompa, es en las capitales de Granada, Toledo, Sevilla, Valencia y Barcelona. La custodia de Toledo es de extraordinario valor, y está considerada además como una verdadera joya de arte.

La de Barcelona también es admirable y rica. Es propiedad de la catedral, y sale en la procesión conducida en andas sobre una silla de plata, considerada como el antiguo trono de los Reyes de Aragón, sentado en la cual hizo su entrada triunfal en Barcelona el rey D. Juan de Aragón el 28 de Octubre de 1473, después de haber derrotado á los franceses en Perpiñán.

La custodia de Madrid también es una verdadera joya, tanto por su mérito, cuanto por su valor intrínseco.

Preceden á las procesiones los *gigantones*, y antiguamente la *bribia*, la *mulasa*, el *león*, el *águila*, la *tarasca*, el *dragón* y otras figuras comunales y monstruosas, para expresar la omnipotencia del Señor, ante el cual se humilla y anonada todo lo más poderoso, fuerte é indómito de la Naturaleza.

Esta procesión se celebró de muy antiguo en España por la misma, y sólo en la Corona de Aragón se verifica por la tarde en virtud de concesión especial, habiendo sido Barcelona la primera ciudad que la solemnizó.

Tales son los datos más principales que acerca de la festividad del Corpus os podemos ofrecer.

LA CASA SIN CIMIENTOS

Juan, Perico y Antonio, tres muchachos criados en la holganza,

que, en vez de ir á la escuela, cada día á correr por el campo se escapaban,

en el fondo de un valle reunidos

los tres una mañana,

para matar el tiempo se entretienen

en hacer, según dicen, una casa.

— Traedme muchas piedras, grita Antonio.

— Yo quiero hacer la puerta y las ventanas.

— Yo la cocina. — Yo el pajar. — Yo el huerto

— Ya veréis cómo vienen á arrendarla...

Y allí, sobre la arena amontonando

las piedras que acaparan,

van formando, sin orden ni concierto,

una mole muy alta.

Ya para colocar otros pedruscos

los muchachos no alcanzan,

porque aquella pared ó masa informe

sus cabezas rebasa.

Antonio es atrevido, y sin reparo

sobre el montón de piedras se encarama;

y mientras Juan y Pedro sin sosiego

llevan á aquél las piedras que le faltan,

éste las va poniendo una sobre otra,

y con ardor trabaja,

sin ver que aquella casa sin cimientos

desplomarse amenaza.

Contentos y orgullosos se sonríen

cada vez que una piedra es colocada,

y al ver su obra gigante que se eleva,

dan gritos de placer y baten palmas.

Pero de pronto oscila aquella mole;

quieren los niños impedir que caiga,

y, falta de equilibrio, viene al suelo

la proyectada casa,

hiriendo en su caída á aquellos niños

que, guiados no más por su ignorancia,

á pagar con la vida se expusieron

su idea temeraria.

*Pretender realizar grandes empresas
si en la ciencia y virtud no están basadas;
emprender grandes obras sin más guía
que el atrevido orgullo ó la ignorancia;
seguir desconocidos derroteros
si la experiencia ó el estudio faltan,
siempre ha de dar el mismo resultado
que edificar sobre la arena falsa:
siempre será lo mismo
que escribir en el agua.*

RICARDO SEPÚLVEDA.

EL AVARO



ESTE ser repugnante y repulsivo, cuyo corazón parece formado de otra materia que el del resto de los mortales, pues que nada de cuanto á los demás conmueve, entenece ó agita, logra sacarlo de su profundo letargo, sólo turbado por el ruido metálico del oro, por el temor de perderlo y el deseo voraz de aumentarlo; cuya alma está encerrada en el estrecho círculo del mezquino y bajo egoísmo; cuya mente solo es capaz de concebir y madurar un solo pensamiento: el de atesorar; este ser, decimos, forma una existencia aparte, independiente de la de los demás hombres, aislada de todo afecto, ajena á todo sentimiento generoso. Diríase que, incapaz de sentir el amor, la ternura, la amistad, la compasión, esos hermosos sentimientos que nuestro corazón llenan, y nos hacen la vida agradable y variada, deja de ser hombre para convertirse en una mera máquina de ganar dinero, en mero instrumento de la pasión que lo domina: la baja, la repugnante avaricia.

De cuantos entes despreciables manchan nuestra sociedad, el más indigno, el más dañino, el más incorregible, es el avaro.

El jugador, el borracho, el desecho calavera, todos pueden tener remedio por la influencia de una madre cariñosa, los ruegos de una esposa amante, ó la inocente intervencion de los hijos de su amor; pero con el avaro que, solo como el hongo, desprecia los lazos de la familia, rechaza las leyes de la sociedad y arranca de su pecho los restos que puedan quedarle de las más santas afecciones del corazón, no es posible influencia de ninguna clase; y helada su alma por el frío contacto del oro, sin más amor que sus talegas, sin más emociones que las de contar y recontar su tesoro, sin otra aspiración que la de tener más, siempre más, ni otro temor que el de perder lo que constituye su delicia, arrastra años y años su inútil, su mísera existencia, ocupado siempre en hacer mal, nunca en hacer bien; en chupar la sangre del infeliz necesitado, jamás en tender su mano al desvalido; y al llegar la hora de la enfermedad y de la muerte, como á nadie ha hecho un beneficio, como no ha sembrado afecciones, y sólo ha causado daños, con odios es pagado, todo su oro no logra llevar á su lecho

de agonía un ser amante que su soledad acompañe y su dolor mitigue, y muere solo y odiado, como ha vivido, abandonado de los hombres cual el animal dañino cuya maldad ha imitado, llamando en vano á los que tanto ha despreciado y llorando demasiado tarde su conducta. Muere desesperado, sin consuelo, y deja aquí sus queridos tesoros, la pasión de toda su vida, lo que le ha hecho dejar de ser hombre para convertirse en monstruo, porque con tanto dolor suyo no se lo puede llevar; lo deja en poder de quien primero llegue ó en manos de la mujer mercenaria que sus guisotes hacía. Los improvisados herederos se dan gran tono con el dinero del mísero avaro, y éste, que ya lo presente en sus últimos instantes, deja el mundo olvidando su salvación eterna como ha olvidado sus terrenales deberes. Ni una lágrima cae sobre su tumba fría, ni una lápida cubre su humilde sepultura; ¿qué mano amante la había de colocar? Ni una oración sube jamás al cielo intercediendo por su alma.

Hemos dicho que el avaro es un monstruo, y lo es, sí; la avaricia es la madre de todas las pasiones más repugnantes y la enemiga inconciliable de las virtudes que al hombre enaltecen; es un monstruo que sólo se ocupa en ser el continuo azote del género humano, en hacer todo el mal posible á sus semejantes. Pero ¡ah! ellos no reparan que el mal se lo hacen á sí mismos, pues que, tarde ó temprano, recogen el fruto de su vil proceder y reciben el castigo de su mezquino egoísmo.

¡Quien rehusa hacer un favor al que lo implora, olvidando que todos somos hermanos; quien cierra su corazón á la piedad y se hace sordo á la voz del desvalido, no espere nunca inspirar afecto, estimación, ni siquiera lástima! La sociedad, cuyos encantos ha rechazado, lo desprecia cual miserable engendro del mal y lo deja morir abandonado.

Si los hombres pensarán constantemente que esas riquezas que con tanto trabajo acumulan se quedan aquí cuando ellos pasan el estrecho puente que separa esta vida de la otra, y que el dorado metal, no aplicándolo al objeto para que ha sido creado, á proporcionar comodidades y bienestar ó gratas emociones al alma, es tan inútil como un instrumento músico en manos de quien no sabe tocarlo, no habría avaros.

Lo hemos consignado, y no nos cansaremos de repetirlo: la avaricia es de todos los vicios el más despreciable; ella pudre en el corazón los más nobles sentimientos, cual el arroyo cenagoso corrompe la raíz del verde y lozano árbol que tiende al espacio sus erguidas ramas; seca en el alma sus generosos impulsos; mata la conciencia con el veneno de su baba inmunda, y pone tupida venda en los ojos del infeliz que por ella se deja dominar, para que no vea el triste fin que le espera.

Arroje nuestra sociedad todos sus anatemas contra el avaro, planta parásita que daña y perjudica á las que brotan á su alrededor fragantes y limpias; procure arrancarla de su seno y se hará un gran beneficio; que la hierba ponzoñosa envenena cuanto á su alcance encuentra, y el avaro, que para nada bueno sirve, es fuente de inagotables males, sembrando

la discordia en las familias, y agitando más y más nuestra trabajada sociedad por el deseo inmoderado de un lucro escandaloso.

ADELA SANCHEZ CANTOS.

LA CARIDAD

Júbilo del corazón
de los ángeles hermana,
de la caridad bendita
luz y consuelo del alma.
Ternura del sentimiento,
ruborosa, dulce, casta,
el bullicio mundanal
la avergüenza y acobarda.
Hechizo de la conciencia,
aurora de la mañana
del día, que el justo espera
de eterna felice calma.
Desciende de las alturas,
bate sus divinas alas,
y risueña y bondadosa
consuela, anima y encanta.
Besa la frente febril
de la mujer apestada;
se abraza con el colérico:
del incendio al niño salva,
busca siempre la catástrofe
penetra en la pobre casa,
donde míseros pequeños
tienen el suelo por cama;
acorre providencial,
en la hora fatal infausta,
á la criatura que llora
tristísima, desolada,
víctima de negras penas
que al corazón atarazan.
No distingue de colores,
no hace abstracción de una raza,
se sacrifica por todos,
imán suyo son las lágrimas,
vive muriendo risueña
cuando de hacer bien se trata.
Tugurios y medinales
recorre feliz y ufana,
y ante el peligro sangriento
serena y altiva avanza,
sin temor ni desalientos
heroica, sublime, brava.
Ni fanatismos la asustan,
ni exclusivismos la embargan;
hija de Dios predilecta,
la caridad se levanta
sobre las pobres pasiones
de nuestra mísera raza.
La voz del mártir del Gólgota
amar al prójimo manda,
y prójimos son los hombres
sin distinciones de casta.
Por esto la caridad
es virtud tan soberana,
que abre las puertas del cielo,
redime, consuela, encanta,
borra todos los pecados
y vivifica las almas,
con inmortales efluvios
de gloria predestinada.

MANUEL PRIETO Y PRIETO.

LOS PECADOS CAPITALES

IV

GULA



AN pronto como Angel desapareció y don Pepito quedó solo, éste principió á dar vueltas al rededor del cojín con la cabeza levantada oliendo los barquillos, el hocico aguzado, chispeante la mirada, con la cual parecía acariciar el contenido de la bandeja, y con todas las demostraciones, en fin, de un impaciente glotón que se deshace por la tardanza en dar principio á una succulenta comida servida sobre la mesa.

Representado á la perfección este primer síntoma de golosina, don Pepito, sentado sobre sus patas y mirando con fijeza hacia el lado por donde Angel había salido del salón, y por donde había de volver á él, principió á suspirar y á ladrar tenuemente, manifestando su disgusto por lo que su amigo tardaba en presentarse; hasta que, creciendo su impaciencia y su apetito desordenado, volvió al cojín, y receloso y mirando de reojo al lado por el que había de venir su comensal, ya no sólo olió los barquillos, sino que los lamía y los mordía las puntas.

Arrastrado ya en este camino de perdición, el animal iba exaltándose por grados, hasta que, olvidando completamente la educación, el compañerismo, y lo que es más grave, el respeto y la obediencia que debía á su amo, resueltamente hincó el diente á uno de aquellos canutillos y se le tragó sin mascarle.

Semejante en esta conducta don Pepito á los hombres que han sabido dominar años y años una pasión vergonzosa por temor ó por falta de ocasión para satisfacerla, pero que tan pronto como, después de mil vacilaciones, llegan á practicarla la primera vez, se dejan arrastrar por ella hasta el abismo, de la misma manera nuestro héroe, tragado ya el primer barquillo, embistió con el segundo, y roto el freno, y perdida la vergüenza y la consideración de los deberes sociales, volcó la bandeja y su contenido sobre la alfombra, y con la más punible grosería, y sin guardar siquiera las formas de comer uno á uno, engullía los barquillos dos á dos, no haciéndolo con más número á la vez por la pequeñez de su boca.

Repugnante á la par que jocoso era ver el cuadro de la *gula* representado al natural por un ser bonito y delicado en su especie, casi tan repugnante como el que ofrecen algunos hermosos niños sentados á la mesa reclamando para sí la comida de todos, y llorando y molestando á sus papás porque á su hermanita la han puesto más que á él en su plato, porque su cubierto es más chico ó más grande, ó por cualquiera otra fruslería que sólo les sirve de pretexto para excusar su *gula* y su falta de educación.

Engullidos ya todos los barquillos por el impaciente don Pepito, y cuando con ademanes febriles rebuscaba y tragaba cuantas migajas habían quedado por la alfombra á consecuencia de su falta de cultura para comer, Angel apareció en el círculo con un papelón envuelto en la mano, donde seguramente debía traer el segundo plato del festín.

A juzgar por la sorpresa, por el temblor y por la humilde actitud que don Pepito tomó al aparecer su bienhechor, pudo muy bien comprenderse que el animal volvía de repente á la vida de la realidad, esto es, á comprender lo mal que había obrado, cegado por la pasión de la *gula* y de la golosina.

Angel, con el papel en la mano y de pié en medio del círculo, examinó la bandeja volcada y la desaparición de los barquillos; y no necesitando más datos para enterarse de lo que había ocurrido, con voz entre severa y triste dijo á su aterrado compañero:

—Tu baja y temerosa actitud, y la falta de las viandas que dejé á tu cuidado, me hacen comprender desgraciadamente que has abusado de mi confianza devorando tú solo un manjar que sabías estaba destinado para los dos, faltando de este modo á la amistad, al agradecimiento, á la educación y á todas las virtudes y conveniencias necesarias para vivir en sociedad.

Feos y detestables son todos los *pecados capitales*, amigo mío, pero ninguno más feo, por lo que nos asemeja á los brutos, que la *grosera gula*. El hombre ó el niño glotón que sólo vive para comer y para beber, poco á poco va perdiendo hasta el barniz social que le hace ser respetado de los demás, concluyendo por embotarse en él todo género de delicadeza y bien parecer, hasta presentarse tal y conforme su ordinaria pasión le ha transformado en un inundo animal.

Iba el niño á continuar su sermón; pero un gemido lastimero de don Pepito hizo á aquél fijarse en su compañero, que, retorciéndose sobre la alfombra, con los ojos desencajados, fuera la lengua de la boca, y todos los síntomas, en fin, de padecer horribles dolores, inspiraban compasión á cuantos presenciaban aquellos sufrimientos.

Más afectado Angel que ninguno de los espectadores, cogió á su perrito en los brazos, le acarició, le prodigó los nombres y muestras de cariño más tiernas, le frotó con su mano repetidamente el vientre; y sin duda debido á estos halagos y á estas friegas el animal pareció tranquilizarse algún tanto, hasta quedarse quieto y tumbado naturalmente sobre el cojín.

Viéndole el niño más tranquilo, se dirigió á él y le dijo con dulzura:

—Me has dado un susto atroz, querido mío, con los padecimientos que acabas de sufrir, hijos de tu glotonería. Con ellos puedes comprender los efectos de la *gula* y el castigo que esta fea pasión impone á los que á ella se entregan. Terribles dolores de vientre que hay que combatir con heroicas medicinas, casi siempre crueles; y gracias que con ellas pueda conseguirse atajar el mal, pues tales indigestiones suelen acabar con la vida del imprudente glotón.

¡Y si sólo fuera éste el que padece! Considera el dolor de la madre, del padre, de toda la familia y amigos de quien por satisfacer un placer efímero se busca enfermedades ó la muerte, y conocerás todo lo grosero, todo lo antisocial y todo lo horrible que arrastra tras de sí el pecado de la *gula*.

No había concluido Angel esta segunda filí-

pica, cuando don Pepito se puso de un salto en cuatro patas, y comenzó á correr y á ladrar alborozado, haciendo mil piruetas y manifestando en fin que su indigestión había sido supuesta, y con sólo el objeto de que pudieran aprender de él, de un perro, más de cuatro niños y niñas que presenciaban el espectáculo, y que quizá con su avaricia y glotonería entristecerían á sus padres (1).

—¡Hola, hola! señor don Pepito, ¿esas tenemos? Se ha burlado usted de mí... — exclamó Angel. — Bueno, bueno. En castigo de su engaño no va usted siquiera á saber lo que le traía en este papel, á menos que á su tiempo haya quien interceda por usted.

Don Pepito miró al papelón envuelto, después al auditorio, y resignado con no poder satisfacer por el momento su curiosidad, siguió á su amo, que le dijo:

—Puede decirse, amigo mío, que hemos concluido nuestros ejercicios; pero como no es fácil que tenga otra ocasión de presentarte á mis amigos y compañeros, ven conmigo y los iremos saludando uno á uno, explicándote yo quién son y las buenas prendas que los distinguen, para que tú los conozcas y sirvas como ellos se merecen, y como compañeros de tu mejor amigo.

VII

ENVIDIA

Angel colocó sobre el cojín el papel envuelto que tenía en la mano, y en compañía de su amigo, que gozoso y juguetón le acompañaba, se dirigió á saludar á un compañero suyo, á quien dijo:

—Aunque ya conocías tú, mi buen Esteban, á mi querido don Pepito, quiero presentártelo oficialmente para que desde hoy estrechéis más vuestras relaciones, y lleguéis á apreciaros los dos de igual manera que me aprecias á mí.

Esteban, alborozado, cogió al perrillo en sus brazos, le acarició y besó en la boca; y don Pepito se dejó acariciar y besar, sin manifestar por ello toda la alegría que el auditorio esperaba.

Angel hizo después la presentación de su perrito á otro compañero suyo, diciéndole:

—Ya sabes, querido Patricio, que los amigos de nuestros amigos son también amigos nuestros. Como has podido ver, don Pepito es mi íntimo amigo, y por tanto espero que desde este momento lo sea también tuyo, con lo que los dos me colmaréis de alegría.

—Basta que este lindo animalito te quiera á ti — contestó Patricio — para que yo le quiera á él.

Y para manifestarle su afecto, el niño quiso ponerse al perro sobre sus rodillas para acariciarle; pero éste esquivó de una manera brusca las acaricias del amigo de su amo, y tuvo hasta la descortesía de volverse, enseñándole la cola.

No debió apercibirse Angel de la grosería

(1) No habrá olvidado el lector que la glotonería de don Pepito se había saído en una gran bandeja de *barquillos*, y que por más que éstos ofrecían un gran volumen, el peso total de ellos no llegaría á cuatro onzas. (*Noticia tranquilizadora.*)

de don Pepito, toda vez que, dirigiéndose á otro niño, le dijo:

—Modesto, te presento á mi amigo don Pepito como al ser á quien quiero al par que á ti, y mis amigos y compañeros privilegiados. De hoy en adelante deseo que os améis los dos tanto como yo os amo... Da un abrazo á tu nuevo amigo — dijo Angel, dirigiéndose á su perro.

Pero éste, lejos de hacer lo que su amo le ordenaba, retrocedió algunos pasos, y mirando iracundo á Modesto, dió á entender bien claramente que éste no le era simpático.

Casi se le saltaron las lágrimas al pobre niño en ver la manera que don Pepito tenía de pagarle las simpatías que hacia él sentía: pero conteniéndolas, aunque con dificultad, dijo tristemente:

—Yo que le quiero mucho, y no le he hecho ningún daño; no sé por qué huye de mí.

Angel se contentó con responderle:

—No te acongojes por eso, mi queridísimo Modesto: es un capricho que pronto se le pasará.

Y continuó su presentación á otros varios niños; si bien don Pepito cada vez se retiraba más de su amo y de los presentados, dirigiendo á éstos, primero miradas tristes, después encendidas é iracundas; y últimamente, saltando ya por toda clase de miramientos, manifestando su rabia á ellos ladrándoles fuertemente.

Aparentando Angel un asombro que probablemente no sentiría, se dirigió al centro del círculo, donde don Pepito acababa de tumbarse hecho una rosca, ocultando la cabeza y dando gemidos lastimeros.

—¿Qué te ha dado, querido mío? — le preguntó con dulzura. — ¿En qué te ha podido ofender nadie para que á todos nos impresiones ahora con tu tristeza y con tu furor? Ya sé que no me lo puedes decir con palabras; pero tú, que tienes tantos recursos con tu mímica, no te ha de faltar algún medio de demostrármelo.

Por toda contestación, don Pepito se levantó, y cogiendo con sus dientes el pantalón de Angel, tiraba de este hacia la puerta de salida.

El niño se dejó conducir, y satisfecho ya el perro con ver que su amigo se disponía á evacuar el salón, saltó á los brazos de su amo y empezó á hacerle tantas y tales caricias, que Angel no pudo menos de decirle:

—¿Pero qué es esto, don Pepito? ¿Necesito yo de todos estos extremos para estar persuadido de lo mucho que me quieres? Precisamente por eso, por corresponder á tu afecto, es por lo que tengo tanto interés en que conozcas y aprecies á todos mis amigos y compañeros, trabando con ellos relaciones.

Don Pepito saltó al suelo de los brazos de Angel, donde estaba, y mirando encolerizado al auditorio, prorrumpió en lamentos estridentes como para demostrar la incomodidad que le producía; y volviendo á tirar con sus dientes del pantalón del niño, manifestaba el deseo de que éste saliera pronto del salón para que única y exclusivamente se ocupara de él.

(Se concluirá.)

CAYETANO COLLADO.

TIPOGRAFIA GUTENBERG
Á CARGO DE MANUEL SALAMANQUÉS
Calle de Villalar, 5.